

BJORNSTERNE BJORNSON

Uno de los críticos más reputados de Europa y el más autorizado de toda Escandinavia, el doctor Georg Brandes, en sus estudios literarios sobre las figuras más salientes de nuestro siglo, coleccionados bajo el título de *Moderne Gjelster* (*Espíritus modernos*), ha trazado el siguiente paralelo entre los dos escritores más célebres de Noruega, Ibsen y Bjornson:

«Henrik Ibsen es un poeta austero, como los viejos poetas del pueblo de Israel; Bjornson es un profeta, el profético anunciador de tiempos mejores. En el fondo de su espíritu, es Ibsen un poderoso revolucionario. En la *Comedia del amor*, en *Casa de muñeca*, en *Espectros*, fustiga el matrimonio; en *Braud*, la Iglesia del Estado; en los *Puntales de la sociedad*, la sociedad burguesa de su país.

Cuanto toca queda destruído bajo su crítica honda é implacable, sin que sobre los montones de ruínas que su pluma va dejando se vea aparecer ninguna forma nueva de organización social. Bjornson es un espíritu conciliador, que hace la guerra sin saña. Pudiera decirse que sobre sus poesías luce un sol primaveral, mientras que las obras de Ibsen, con su profunda gravedad, permanecen ocultas en la sombra. Ibsen ama la idea, las consecuencias lógica y psicológica que impulsan á Braud á salir de la iglesia y á Nora á abandonar el hogar doméstico. El amor á las ideas en Ibsen se traduce por amor á la humanidad en Bjornson.»

Este juicio fué escrito en 1882, cuando Bjornson era considerado como jefe de la literatura noruega, é Ibsen casi como un extranjero: hoy es Ibsen el maestro y amo indiscutible, y el mismo Brandes no se atrevería á compararlo de igual á igual con Bjornson; pero los caracteres asignados á ambos continúan siendo los mismos, y las facultades proféticas de

Bjornson más bien se han acentuado, bien que ahora no anuncien lo mismo que antes anunciaban.

Conocí yo á un diplomático que tenía también la manía de profetizar y que lo conseguía con buen éxito por un medio muy sencillo. Ocurría alguna novedad de la que tuviera que dar cuenta al Gobierno de su país (no diré de qué país), y en vez de dar la noticia como los demás mortales, se valía de un hábil rodeo. Anunciaba primero con dos ó tres fechas atrasadas que tal cosa iba á ocurrir, fundándola en ciertos detalles que exponía con gran sagacidad, y después recibía una segunda comunicación en la que hacía ver cómo sus anuncios proféticos puntualmente se habían realizado. Fácil es precaverse contra estos engaños, con sólo mirar la fecha del sello del correo; pero es más fácil que se olvide mirar, y hay quien utiliza estos pequeños olvidos del prójimo para ganar fama de adivino.

Cuando Noruega se separó de Dinamarca, comenzó brutalmente á tomar

cuerpo el movimiento nacional iniciado por Welhaven y Wergeland, y proseguido por Bjornson, Ibsen y tantos otros hasta nuestros días. A todos estos iniciadores pudiera aplicárseles la anécdota que se atribuye á Wergeland, «el sembrador,» del cual se dice que llevaba los bolsillos llenos de semillas para ir las esparciendo por todas partes, é indicar así plásticamente la necesidad de sembrar ideas en aquel país atrasado y miserable. En realidad lo que se hizo fué sacar á Noruega de la influencia danesa, y mejor pudiera decirse germánica, y sembrar las ideas de la Revolución francesa, colocando al país bajo la égida intelectual de Francia. Y así como el que siembra una haza de melones no necesita ser profeta para anunciar que allí nacerán melones y no calabazas, así los que sembraron las ideas de la Revolución sabían perfectamente que nacería, como había nacido en otros países, un movimiento democrático que no pararía hasta conseguir las libertades políticas y la emancipación de la mujer y de la cla-

se obrera; del mismo modo que hoy, que se ve venir la inevitable corrección de ciertos excesos, se puede también profetizar en sentido reaccionario. La revolución en Noruega ha sido intelectual, y los escritores que la han dirigido sabían lo que iba á ocurrir, puesto que ellos mismos eran los autores. Bjornson, que ha sido el portavoz ó portapluma de todas las reivindicaciones, escribía no há mucho rectificándose: «La literatura individualista ha concluído ya su misión. A ella somos deudores de la emancipación de la mujer y de los esfuerzos para emancipar al obrero; por ella se ha despertado el sentimiento de la responsabilidad personal, y se han abierto nuevos horizontes al pensamiento humano y á nuestra concepción de la sociedad. Ahora debe esta literatura corregir los excesos que ella misma ha creado. Es cierto, con entera certeza, que un individualismo sin freno podría llevarnos á la brutal anarquía, al sensualismo, á las dudas de la decadencia, al desprecio de la libertad, del trabajo, de la verdad y

de la ciencia, á no dejarnos otro refugio que un misticismo vago, una especie de entretenimiento malsano con lo infinito.»

He traducido este párrafo, no sólo para dar á conocer la especial fraseología de Bjornson, sino porque en éste hay que marcar dos personalidades: la del innovador literario, y la del jefe de partido. Bjornson es un propagandista político y tribuno de la plebe, y después que hizo su viaje á los Estados Unidos para aprender el arte de agitar á las masas, podría competir con los más resistentes demagogos. Su padre era párroco de aldea, y del padre heredó el hijo la vocación de misionero láico y el espíritu religioso que en él no es formalismo convencional, sino sentimiento sincero. A pesar de su independencia de ideas, se citan de él rasgos tan curiosos como un discurso pronunciado á raíz de la guerra franco-prusiana, en el que explicó la derrota de los franceses como un castigo impuesto por Dios á su descreimiento y frivolidad, y el triunfo de los alemanes

como una recompensa de la piedad luterana.

Como político y como escritor, Bjornson es un romántico, y si con alguien se le puede comparar es con Víctor Hugo, aunque el noruego es un Víctor Hugo de segundo orden. La idea principal de Bjornson fué constantemente convertir á su país en un factor importante de la cultura europea: de aquí sus trabajos múltiples, encaminados á crear en su país una cultura á la moderna. Desde sus comienzos aparece Bjornson con este carácter, cultivando simultáneamente la novela, la poesía lírica y los diversos géneros dramáticos, y dando casi siempre más importancia que á las obras á la misión social que él les asigna. Las narraciones ó novelas cortas con que comenzó su vida literaria, fueron como la revelación del hombre noruego, de un tipo real en oposición al artificioso de la literatura amanerada. Sus *Fortaellingen* no son cuadros pictóricos: son más bien comparables á las *bauernnovellen* de Auerbach, aunque Bjornson se identifica

más con sus tipos; tanto, que en la más popular de estas narraciones, *Synnove Solbakken*, el héroe Thorbjon es el mismo Bjornson, el cual antes de escribir había vivido la misma vida de los campesinos noruegos. En un renacimiento literario es esencial que el punto de arranque esté en el mismo suelo de la nación, y que los tipos iniciales sean tipos del pueblo, vistos como son, no idealizados y falseados al modo de los pastores de idilio y los campesinos de cromó. Sólo cuando en una literatura abundan estos tipos reales, nativos, se puede confiar en un florecimiento artístico fecundo y durable; y la literatura noruega debe á Bjornson el descubrimiento del verdadero carácter nacional, revelado, no sólo en sus *Narraciones*, sino en sus poesías, y en general en todas las obras de su primera época. Sus poesías aventajan á las de sus predecesores Oehlenschlager, Tegner y el mismo Wergerland, en que están más cerca del espíritu popular. Bjornson ha escrito poemas de gran empuje, como su trilogía

de *Sigurd*; pero sus mejores poesías son las baladas y canciones, algunas de las cuales se han convertido ya en canciones populares, que todo el mundo conoce. Entre sus poemas, se cita como el mejor el de *Bergliot*, de asunto trágico. Bergliot es la esposa del caudillo Einar Tambarskelve, el cual, juntamente con su único hijo, ha sido vilmente asesinado; y el asunto del poema es la lamentación de la viuda y el lúgubre viaje que emprende llevando consigo los dos muertos amados. Hay en esta marcha algo que recuerda el final del *Erlkonig*, de Goethe, aunque en *Bergliot* es más cruda y más tosca la expresión del dolor, porque Bjornson es un poeta natural que no busca la forma, sino que se expresa con espontaneidad.

Al mismo tiempo que como narrador y poeta se daba á conocer como autor dramático. Ha sido diferentes veces director de teatros, y aun se dice que podría ser un actor notable. Aunque había escrito varias obras escénicas, las primeras, representadas con buen éxito,

fueron un drama histórico ó arreglo melodramático de un asunto tan conocido como la vida de María Estuardo (*Maria Stuart y Skotland*), y la comedia *De nygifte* (*Los recién casados*). En la primera serie de trabajos de Bjornson puede decirse que los más endebles son los teatrales, y, sin embargo, en la escena debía alcanzar su personalidad literaria el renombre de que hoy goza. Débese esto á la influencia de Ibsen, á la nueva dirección que éste dió al teatro. Bjornson es hombre de acción, más interesado en reformar y mejorar la sociedad que en componer obras de arte.

En su opinión, un libro que no edifica ni destruye, que no alienta al hombre en su lucha por la vida ni le hace la vida más fácil, es un libro inútil. Rechaza la doctrina de la moral en el arte; pero no para dar en la del arte por el arte, sino para caer en un arte filantrópico, que, á mi juicio, es el medio de encubrir bajo la capa del humanitarismo la importancia para crear obras de arte puro.

Al aparecer el drama de tesis, Bjornson halló su instrumento de combate y se consagró casi exclusivamente al teatro. Escribe algunas poesías y trabajos novelescos (*Kaptejn Mausana*, relato de Italia; *Magnhild*), pero de carácter distinto que el de las primitivas narraciones. En *Magnhild*, por ejemplo, el autor presenta varios tipos falsos, con los que demuestra que hay que prescindir de la moral de la sociedad y atenerse á la moral humana, y que la mujer tiene el derecho y aun el deber de romper los lazos matrimoniales para poner á salvo su dignidad moral. Por el estilo son sus comedias á la moderna. La primera fué *En fallit* (*Una quiebra*), dedicada á fustigar á la gente de negocios. El estreno de *En fallit* fué en Noruega algo por el estilo del estreno de *El tanto por ciento*, de Ayala, en España: fué la aparición oficial en el teatro del mercantilismo de nuestro tiempo, con todos sus abusos y miserias.

A *Una quiebra*, que es la obra más teatral de Bjornson, siguieron *Redakto-*

ren (*El redactor*), destinado á vapulear fuertemente á la prensa; *Kongen* (*El rey*), consagrado á demostrar que un rey, aunque sea bueno, tiene que influir perniciosamente en la sociedad, por la misma naturaleza de la institución monárquica; *Leonarda*, crítica general de la sociedad noruega; *En hanske* (*Un guante*), donde se defiende la graciosa teoría de que la mujer debe estar convenientemente instruída para saber si su futuro llega al matrimonio en «estado de inocencia.»

Yo confieso ser poco aficionado á las comedias demostrativas; y si me dijeran cuál entre todas las de Bjornson me parece preferible, diría que ninguna de las representadas á partir de *La quiebra* vale lo que la pequeña comedia *De nygifte*, que cité antes, en la cual no se demuestra ni se fustiga ni se combate nada. El asunto de *Los recién casados* es sencillo. Laura y Axel se casan, y Axel exige, como es natural, que su esposa sea su esposa. Pero Laura, que ama más á sus padres que á su marido, con quien

se ha casado, más por seguir la rutina que por verdadero amor, no quiere dejar la casa paterna. Hay en Laura un conflicto entre dos amores: el amor á sus padres, que es el más fuerte, y el amor á su marido, que aunque existe no logra salir á luz. Axel, apoyado en su derecho, saca violentamente á Laura de la casa paterna; y para conseguir su intento de hacer comprender á su esposa lo que es el amor conyugal, se sirve de un intermediario escénico, de Matilde, «la amiga de la casa,» que acompaña á los recién casados, y que á modo de portera, con su ingeniosa intervención, consigue que Laura dé á luz su amor, y se arroje por fin en brazos de su esposo. Hay en esta comedia más artificio que psicología; pero el asunto me parece más legítimamente teatral que la demostración de que el negociante no debe arriesgar el dinero que le confían sus clientes, ó de que el periodista no debe engañar á sus lectores.

Aún no he dicho nada de la última obra de Bjornson, *Over Aevne* (*Sobre*

las fuerzas, es decir, *más allá de nuestro poder*), cuya primera parte data de 1883, y en la que el autor ha querido sin duda decir algo más transcendental que en todas sus obras precedentes. La primera parte de *Over Aevne* es religiosa: versa sobre el milagro. El personaje principal es Sang, un creyente en toda la extensión de la palabra; un espíritu religioso, místico, casi iluminado por su ideal de virtud, pureza y santidad. Además de Sang, figuran su mujer Klara, que está paralítica; sus dos hijos Rakel y Elías, y Hanna, hermana de Klara. Después de algunas escenas en que son presentados los personajes, Sang, que no es creyente fanático, sino piadoso y tolerante con los que no participan de su fe, anuncia que va á la iglesia á rezar y á pedirle á Dios un milagro: que envíe á la pobre paralítica un sueño reparador, y tras el sueño la salud. Todos se quedan suspensos ante aquel anuncio: vase Sang, y á poco se oye la campana de la iglesia y Klara se queda dormida. ¡*Morsover!* (¡madre duerme!) repiten sin ce-

sar Elías y Rakel, y el acto termina con este abejorreo que recuerda algo el estilo incoherente de *La intrusa*, de Maeterlinck. El segundo y último acto es la discusión del milagro, como una confrontación del hecho sobrenatural con el espíritu de la Iglesia constituida; además de los personajes del primer acto, aparecen, entre otros, el pastor Brett (el desconocido), el obispo y un coro sacerdotal. Se oye un ¡aleluya! lejano, y todos lo repiten de rodillas. En este momento solemne aparece Klara; andando lentamente y dirigiéndose á su esposo, le dice: «Ven á mí, amado mío,» y cae muerta. Sang acude á sostenerla y exclama con tono infantil: «Pero ésta no era la intención...» Y cae muerto también.

Y el lector se queda sin saber si ha habido, en vez de verdadero milagro, una doble muerte por sugestión, producida por el exaltado misticismo de Sang, ó si el milagro está en que la salud que él pedía sólo se halla en la muerte.

La segunda parte de *Over Aevne* es

socialista. Los hijos de Sang tienen el idealismo, pero no la fe del padre, y su idealismo se transforma en acción. Rákel se consagra á cuidar enfermos, y Elías se convierte en redentor de la clase obrera. Organiza la resistencia de los obreros contra los fabricantes; reúnen éstos en un palacio para formar una liga contra los trabajadores, y entonces Elías, imitando el ejemplo de su padre, se ofrece á sacrificarse por sus compañeros volando el palacio con dinamita. De esta suerte presenta Bjornson en su drama una doble tesis contradictoria; pues de un lado ofrece un cuadro de la lucha entre capitalistas y trabajadores y se hace eco de las reivindicaciones del proletariado, y del otro, convirtiendo á Elías en anarquista, demuestra los peligros que se corren al transformar un principio en acción. Todo esto sería más propio para tratado en un libro ó en un folleto que en un drama; pero las corrientes de la época llevan al teatro las cuestiones sociales, y no hay país que no tenga su correspondiente «drama del so-

cialismo.» No há mucho se estrenó en París el drama de Octavio Mirbeau, *Les mauvais bergers*, que tiene algunos puntos de semejanza con el de Bjornson, aunque el de Mirbeau tiene más realidad y más jugo, y no se halla tan recargado de «doctrina.» Muy superior á ambos me parece el de Hauptmann, *Die Weber* (*Los tejedores*). Hay en éste algunos personajes tendenciosos, como Jager, el militar que vuelve al pueblo y dirige la asonada popular, puesto allí sin duda para marcar cierto enlace entre el ejército y el pueblo; como el viejo Hilse, el obrero que predica la resignación y no quiere luchar, y al que una bala perdida le mata en su casa, puesto asimismo para indicar que nada se gana con la resignación; pero en conjunto el drama alemán es el más «dramático,» y acaso dentro de un siglo, cuando cambie el estado social, pueda ser representado y aplaudido como un hermoso drama histórico. El drama del socialismo de Bjornson es el más seco y el menos humano: Elías, á pesar de ser hijo de

Sang, me parece inferior al *Juan José*, de Dicenta, en el que hay siquiera pasión, aunque sea del género sanguiinario.

No es fácil dar á conocer en un artículo á una personalidad tan compleja y á ratos abigarrada como la de Bjornson, el cual es como un compendio de todo lo bueno y de todo lo malo de su país. Así como Ibsen ha sido impuesto á Noruega por Europa, Bjornson es una creación nacional; para mayor fortuna, habiendo nacido en el país de los osos, su fortaleza es la de un oso y se llama oso por dos veces, pues el nombre Bjornsterne Bjornson significa «Constelación de la osa mayor, Hijo del oso.» En otro país hubieran dicho que un hombre que así se llamara estaba destinado á hacer el oso durante toda su vida; pero en Noruega son más serios, y ven en el nombre un simbolismo, la marca territorial de este innovador multiforme. Por esto Bjornson no habla casi nunca en nombre propio; habla en representación del pueblo noruego, sin el cual se quedaría co-

mo un pez fuera del agua. «Yo quiero—ha dicho—vivir siempre en Noruega, aporrear y ser aporreado en Noruega, cantar en Noruega y morir en Noruega.»